

Título: Cultura y Revolución, una relación permanente.

Autor: MSc. Mayda Boza Morell.

Resumen: Este artículo presenta la continuidad histórica que ha tenido el pensamiento cubano después del año 1959, y además se realiza un análisis sobre política y cultura en los primeros años de la Revolución Cubana.

Palabras claves: Revolución Cubana, Cultura, Política, Cultura Política, Pensamiento, Pensamiento Cubano.

El pensamiento cubano ha sido siempre centro de atención para la intelectualidad cubana. Los estudios sobre éste en los siglos pasados y en los años de la República cuentan con un fondo de trabajo vastos y de obligada referencia. Se puede afirmar que existe una tradición en el oficio de definir un curso de las ideas en Cuba.

En tal sentido, se hace necesario presentar la continuidad histórica que ha tenido el pensamiento cubano después del año 1959. La Revolución Cubana significó, entre muchas cosas importantes y trascendentes, la promesa de dignidad, el reencuentro con nuestras raíces y, sobre todo, independencia, pero también significó negación ideológica.

También hay que tener en cuenta que el período que se abre con el triunfo de la Revolución Cubana del 59 ha sido insuficientemente investigado por las Ciencias Sociales en Cuba. La literatura acerca del tema es escasa y no sistematizada y, además, el proceso de trabajo está signado por la falta de existencia de una labor historiográfica sistemática del período que se pretende estudiar.

La Revolución Cubana consideró como un elemento de primera línea, con la lucha por una sociedad más justa y por el hombre nuevo, la urgencia de hallar, para ambos, su adecuada expresión estética. Se puede afirmar que en Cuba, con la Revolución, surgió una intelectualidad y su público. No quiere decir que no existieran grandes escritores y artistas anteriormente, pero tanto ellos como sus

destinatarios eran minorías. Independientemente de los aportes que hicieron muchos de esos intelectuales antes de la Revolución, no se puede decir que hubo una intelectualidad integrada orgánicamente.

La enconada lucha ideológica y política que se abre entre los elementos portadores de formas e ideas del antiguo régimen y los que defendían los principios revolucionarios (regularidad siempre presente en los períodos de cambios y transformaciones revolucionarias) encuentran también su expresión en este sector y el debate cultural se convierte en un aspecto importante dentro de los problemas que la Revolución discute en esos momentos.

A pesar de los desencuentros y de la pluralidad de posiciones, en los 60 la sensibilidad política de vanguardia encontró en Cuba motivaciones similares a la sensibilidad artística de avanzada y viceversa, los cubanos trataron de estar a la altura de la creatividad ideológica del momento.

Todo esto determina un conjunto de importantes pronunciamientos políticos sobre el ámbito de la cultura en la que la función de los intelectuales ante el proceso revolucionario se convirtió en el punto clave de polémicas, controversias y diálogos políticos sobre el tema.

El hecho de que no exista un estudio sistematizado en torno a la relación entre cultura y revolución constituye una limitante esencial para el análisis teórico que sobre la cultura se desarrollo en la década del 60 en nuestro país y que llega hasta nuestros días. Es por eso que el trabajo se propone hacer una valoración sobre los fundamentales problemas teóricos vinculados con la relación entre cultura e independencia nacional y entre la vanguardia política y la vanguardia cultural.

Con el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, las circunstancias políticas y culturales del país experimentan un cambio sustancial. Emerge poderosa una nueva conciencia nacional; el rescate de la tierra se impone como esfuerzo primordial y con él la restauración de todo lo que exprese y afirme “nuestra personalidad nacional distinta, peculiar, cubana”¹

La demostración palpable del poder de la actuación contra límites de lo posible que hasta entonces se consideraban intangibles fue el primer gran cambio cultural

revolucionario, y ha sido uno de los más trascendentes. Toda revolución es una victoria contra los límites de lo posible, y la cubana tuvo ese rasgo a un grado extremo. Un sistema político basado en la soberanía limitada y en la admisión de la corrupción general y la ineficacia de la democracia, agravado por la implantación de una dictadura muy represiva, fue hecho pedazos por acciones populares organizadas. Las mas firmes creencias que estaban en la base de la aceptación del sistema social fueron barridas cuando la participación se hizo masiva, juntos a las medidas del poder revolucionario.

El cambio de si mismos logrado por los cubanos fue el fruto principal de tanto esfuerzo y tantas violentaciones excepcionales de las relaciones, las ideas y la sensibilidad de las personas. La revolución convirtió el presente en cambios y el futuro en proyectos. Esa alteración tan profunda de los sentidos del tiempo y la multiplicación efectiva de los participantes en los eventos transformaron lo cotidiano y su prolongación garantizó el cambio en la manera de vivir, en las costumbres, en los resultados de la reproducción de la vida social.

El requisito para ese logro fue una prolongada unión de los dos impactos principales de las revoluciones: el libertario que desata potencialidades, permite vencer y hace posible los cambios, y el del poder revolucionario que da cauces, garantiza y organiza. La Revolución tuvo que enfrentar situaciones límites, frente a las cuales reaccionó en la primera década, con sucesivas profundizaciones del proceso. Esto generó muchas nuevas situaciones y problemas, en múltiples terrenos, ese es el campo en que también se dan sus problemas culturales.

El triunfo revolucionario reunió en la recién liberada isla un conjunto de artistas y escritores, que en su gran mayoría sufrieron el exilio forzado o voluntario, presionados por factores políticos, ideológicos y económicos, cuando no de carácter individualista al sentirse condenados por una férrea censura asfixiante de su espíritu creador.

En 1959, se produjo una identificación plena de la mayoría de los intelectuales con la agenda política e ideológica de la Revolución, conscientes de la envergadura del proceso y de su trascendencia para la nación en su conjunto, y no sólo para la

franja de la alta cultura; se relacionaron con la vanguardia política y con el régimen revolucionario, creyeron en él y lo asumieron como suyo.

Los vínculos de esta intelectualidad con la Revolución y las ideas revolucionarias de otros tiempos se manifestaban en múltiples y variados matices, pero a todos los unía la toma de conciencia nacional y el fervor patriótico, provocados por el deslumbramiento que sintieron ante el triunfo insurreccional. Ese estado espiritual da sus frutos en obras fundamentalmente de carácter testimonial, nacidas de las urgentes circunstancias. Al mismo tiempo se desarrolló una amplia difusión de las mejores muestras de la cultura burguesa, así como también surgieron instituciones culturales como el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC).

Sin embargo, no faltaron los desencuentros en medio de un período donde la polémica pública alcanza en ocasiones niveles intensos. En 1961, el desarrollo del sectarismo provocó en muchos escritores el temor a la reproducción en nuestro país de las experiencias dogmáticas y las coacciones burocráticas a las expresiones artísticas de otros países.

La propia filiación clasista (pequeño-burguesa) de la intelectualidad y el carácter transicional de este sector de la sociedad propició un ambiente de confusión por parte de algunos que vieron en la revolución una fuerza que podía ahogar su libertad creadora².

Ese infundado miedo, proveniente en algunos casos de honestas posiciones, y en otros de un malintencionado propósito de aquéllos que al decir de Carlos Rafael Rodríguez “convertían al Evangelio en un instrumento de combate reaccionario”³, condujo a una reunión de análisis y diálogo en la Biblioteca Nacional cuyo resumen quedó en el antológico discurso de Fidel Castro conocido como “Palabras a los intelectuales”, que de facto definió lo que siempre sería divisa del Partido y el Estado Cubano en lo concerniente a la política cultural.

Esta es la primera formulación de la política cultural de la Revolución. No es un planteamiento de principios estéticos, aunque contiene afirmaciones que son válidas y que son, en definitiva, principios estéticos. Pero lo principal es que estas “Palabras a los Intelectuales” fueron ya una definición de la posición del Gobierno Revolucionario frente a los problemas del arte y la literatura. Todos conocemos

estas palabras reducidas a un versículo: “dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”. Pero ocurre con la cita de los versículos que cuando se sacan de su contexto, pueden significar todo lo que uno quiere que signifiquen. Hay que entenderlos en su contexto. No era un país con un enorme movimiento cultural, con miles de creadores y con una actividad cultural amplia; era un país donde existía una gran precariedad y la Revolución ya había ido creando las bases para el importante florecimiento cultural que luego se da. Además, hay que conocer la totalidad de las “Palabras a los Intelectuales” para poder entender bien qué es lo que se está planteando.

Años más tarde, José Antonio Portuondo se referiría a la importancia de este documento señalando que en él se “...reafirmaba a cada paso el derecho y el deber de la Revolución a la crítica y a la vigilancia de lo producido, en un pueblo que está haciendo una Revolución y, a la vez, plantea la necesidad de que los artistas traten de llegar al pueblo, el deber de la Revolución de estimular a las artes y la comprensión del arte”⁴.

Al plantearse este problema de la libertad de expresión, era lógico que se abriera a debate el problema propiamente estético, que planteaba la necesidad de encontrar un nuevo modo de expresión a una conciencia que estaba en proceso de integración. Conviene recordar que en este mismo año de 1961 se celebró el Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas, en el cual se debatieron ampliamente estos problemas y que culminó con la creación de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y, por otra parte, el Gobierno terminó la organización del Consejo Nacional de Cultura, organismo administrativo del Estado para los asuntos culturales.

Al concluir toda esta fase organizativa, se inicia la polémica sobre arte y revolución, donde la concreción de este arte revolucionario se convirtió en centro de análisis de teóricos, artistas y funcionarios del Partido y del Estado

Esta polémica que duró más de dos años (1962-1964), no implicó la desaparición de las fuerzas dogmáticas; simplemente las obligó a replegarse, las recluyó en sus cuarteles.

La decantación de los puros y deshonestos entre coincidencias y divergencias se fue perfilando en el camino de la lucha revolucionaria y aunque algunos plantean que los problemas se discutieron ampliamente sin la creación de mayores contratiempos, no es menos cierto que la propia polémica generó, en los escritores vacilantes, una involución y un alejamiento de las posiciones revolucionarias; y en los escritores revolucionarios provocó una actitud defensiva. Todo esto llevó, posteriormente, a que se congelara todo debate ideológico y que se tuviese un pobre concepto de la lucha ideológica; se introdujo la desconfianza en la vida cultural de un modo muy hábil: haciendo aparecer las diferencias de enfoque sobre los problemas culturales como diferencias políticas e ideológicas con la Revolución.

Pero, también la propia polémica tuvo consecuencias positivas porque el enfrentamiento obligó a revisar viejos textos, a buscar nuevas fuentes para apoyar las ideas planteadas, a repensar muchas cosas, es decir, que la polémica contribuyó a la formación de una estética revolucionaria.

Todo esto alcanzó una definición más precisa cuando en 1965 apareció “El socialismo y el hombre en Cuba”, del Comandante Ernesto Ché Guevara. Este es un documento fundamental en el cual se formularon, en el terreno esencialmente estético, algunos de los principios básicos de la Revolución Socialista Cubana.

Este importante ensayo del Ché junto a las “Palabras a los intelectuales” de Fidel constituyen los dos documentos fundamentales, sobre todo en esta primera década de vida del proceso revolucionario, para entender cuál ha sido la política estética de nuestra Revolución.

Junto a esto, es bueno recordar que, en estos años, a pesar de la notable influencia cultural soviética, de otros países de su entorno y de China, así como del movimiento comunista internacional, Cuba supo limitar dicha influencia y sujetarla al predominio de su cultura revolucionaria. Además, en el campo del marxismo se fueron abriendo paso enfoques propios, basados en las necesidades del país y en el ansia de fundamentar teóricamente nuestras convicciones socialistas. Tal marxismo consideraba necesarios y de interés un sinnúmero de temas: filosóficos, sociológicos, económicos, históricos, etc. El proceso que se

vivía, la historia de Cuba, los sucesos de América y del mundo, las nuevas ideas, le eran imprescindibles.

La funcionalidad de la cultura fue otro de los centros de atención y de análisis en esta década. Es conocido que el trabajo cultural más importante ha sido la materialización de la revolución misma que trajo consigo la transformación de una concepción del mundo. Seguidamente la Campaña de Alfabetización crea la disponibilidad de abordar rudimentariamente la cultura a una masa inmensa. Después, el acceso de nuestro pueblo a la educación, la elevación de su nivel de vida, la profundización colectiva de nuestra conciencia política, han creado un público apetente del producto cultural.

Además, se logró la creación de un aparato de distribución cultural; hábitos de lectura y libros en un país en que apenas alcanzaba el único tipo de libro que se editaba: el de texto escolar; superación del gusto del espectador cinematográfico y un cine nacional de calidad, donde no existía ni uno ni otro; la creación de museos y bibliotecas, donde estas formas de difusión cultural eran apenas conocidas. Por lo tanto, podemos afirmar que Cuba se sitúa en esta década a la altura de cualquier país desarrollado en materia de distribución cultural.

Pero esto no era suficiente. Se hacía necesario trascender esta acumulación cuantitativa y efectuar un salto de calidad, es decir, la creación de ese nuevo arte revolucionario indispensable a la sociedad. Para lograr esto había que encontrar el vehículo idóneo que sirviera de recordatorio constante, de impulso, de fuerza o incentivo y eso sólo se podía hallar en la inserción orgánica de la cultura en la vida cotidiana, "... es aspirar, como decía Lisandro Otero, a la masificación de una cultura cualitativamente lograda"⁵, o lo que es lo mismo, hallar y servir la función social de la cultura.

Todo esto demuestra que sólo haciéndose funcional puede la cultura preservar su capacidad de transformación de las circunstancias y mantener un plano de comunicación que permita establecer valores e intereses de carácter nacional.

Como se puede apreciar, muchos fueron los temas que sobre la necesidad de la formación de una estética revolucionaria muy ligada a las concepciones de la política cultural, se plantearon en esta década, lo que determinó un conjunto

importante de pronunciamientos políticos sobre el ámbito de la cultura que se reflejan en un grupo de publicaciones periódicas surgidas en estos años y que a través de las cuales se dio vía a la crónica, al juicio valorativo, a la evaluación crítica, la polémica y la creación que exigían la práctica y la transformación revolucionaria del momento.

De tal manera la problemática cultural se vuelve centro de atención fundamental a partir de las circunstancias de un país subdesarrollado recién liberado y en la fase de construcción de nuevas estructuras económicas que generan, a su vez, nuevas relaciones sociales.

La consideración de que la liberación nacional y su consolidación efectiva por el camino de la revolución, se convierte en una condición indispensable para el auténtico desarrollo cultural de un país subdesarrollado es, dentro de la problemática cultural que se aborda, una de sus tesis más importantes.

En la medida en que el acceso a la independencia política no se corresponda con una verdadera liberación nacional, económica y social, la crisis de la cultura se mantiene y se traduce, al mismo tiempo, en una crisis del sistema social.

Por tanto, y bajo estas condiciones, se plantea la idea de que la cultura nacional no puede elaborarse más que enlazándose con el desarrollo de la lucha nacional revolucionaria. Se trata de aprehender la totalidad del desarrollo social del pueblo, en sus aspectos históricos, sociales, económicos, filosóficos, etc., de reaccionar contra los peligros de esclerosis y de alienación intelectuales.

Se conoce que hoy la relación entre desarrollo y cultura establece que las estrategias y procesos de desarrollo estén concebidos y conducidos desde una concepción cultural en su sentido más abarcador y esencial, cuestión implicada no sólo en la política cultural, sino además –y básicamente- en la política económica y en la política institucional, entendida esta última no solo como un espacio de acción de los gobiernos, sino de la sociedad en su conjunto.

Por otro lado, la cultura debe ser asumida no como un componente complementario u ornamental del desarrollo, sino como el tejido esencial de la sociedad y, por tanto, como su mayor fuerza interna. De ahí la necesidad de defender y promover la diversidad cultural sobre el principio del respeto a todas

las culturas cuyos valores sean tolerantes con los de las demás. Esta posición cuestiona frontalmente la tendencia, hoy prevaleciente, a la imposición de una cultura única o dominante a nivel planetario.

Al respecto, en su trabajo "Cultura y desarrollo. Incitaciones para el debate", su autor, Julio Carranza, al referirse a la relación entre la cultura y el desarrollo en la situación actual, establece que "...En la preservación de la diversidad cultural está implicado el respeto al derecho de cada pueblo, pero está contenido además un interés universal, pues es en la suma e interrelación de las diferentes culturas donde está atesorado el acumulado de conocimientos que ha generado la humanidad durante siglos, y las diferentes maneras de concebir, asumir y hacer las cosas"⁶.

En el contexto de la relación cultura e independencia nacional, aparece una cuestión importante. Me refiero al papel de la vanguardia cultural y su relación con la vanguardia política.

Es evidente que el dominio imperialista comporta la destrucción de los elementos autóctonos de cultura existentes. Sin embargo, no puede concebirse una cultura nacional como simple defensa de un patrimonio preexistente. Es conocido que al igual que el capitalismo, también el imperialismo, en su brutal abatimiento de las estructuras que encuentra en su camino, se convierte en una suerte de partera de la historia, provocando por negación y contraposición los elementos de una nueva conciencia y cultura nacional, que se forma en la lucha. Toda revolución prefigura en su hacerse una alternativa cultural y de valores, o como diría el filósofo Jean Paul Sartre, en unas de sus visitas realizadas a Cuba, "...En toda Revolución se crea una cultura que proviene de la propia Revolución"⁷.

En tanto que la gestión de toda vanguardia cultural incluye las nociones de ruptura y aporte como consecuencia de la experimentación y la búsqueda, se afirma que desde el punto de vista axiológico toda vanguardia cultural es también revolucionaria; desde el punto de vista de la sociología del arte y de la significación político social del movimiento, tiende a serlo.

Esta potencialidad revolucionaria de las vanguardias culturales se revela, sobre todo, en los momentos en que un movimiento que se plantea conscientemente la

ruptura, pisa un terreno histórico favorable. En condiciones de opresión esta ruptura cultural coincide con la tarea de liquidar la unicidad del orden burgués. Cuando esto sucede, las vanguardias culturales y las políticas sellan sus destinos y esta unidad en la Revolución marca el resultado artístico del trabajo de las vanguardias.

A partir de aquí se reserva también un espacio que reflexiona sobre las características y responsabilidades de la vanguardia cultural en las condiciones del subdesarrollo. Para ello se reconoce que en las condiciones planteadas cada novela, poema, artículo, que de alguna manera resulte expresión de las capacidades y del “ser para sí “ de estos pueblos, cobra valor político específico. Este valor se define con relación al todo ideológico nacional.

Esta idea tiene especial relevancia por cuanto refuerza la tesis del doble papel de la vanguardia revolucionaria cubana en los 60. Aunque en el núcleo dirigente de esta revolución, a diferencia de la de los años 30, apenas hubo intelectuales que se duplicaron en líderes políticos, no es menos cierto que la mayoría de los intelectuales abrazó la agenda ideológica y política de la Revolución a plenitud, y, como señalara Rafael Hernández en su libro “Mirar a Cuba”: “...Se identificaron con esta vanguardia y con el régimen revolucionario, apoyaron un régimen y un orden social, pero sobre todo el sentido de recuperación de la nación y la patria traído por la Revolución”⁸.

Sin embargo, este propio autor reconoce que para algunos, los intelectuales cubanos renunciaron a su papel cuando se identificaron con la vanguardia política que dirigió el triunfo de la Revolución y su consolidación. Incluso hoy, todavía algunos políticos no aprecian la cultura más que como vehículo de la movilización, ni logran entender el rol social de los intelectuales, de la misma manera que ciertos intelectuales consideran a la política como una zona totalmente ajena, incapaces de traspasar su propia esfera ni de captar la lógica y los problemas propios de aquélla. Esta limitación les impide ver, como ha señalado Graciela Pogolotti, que la política es también una zona de la cultura⁹.

Esta problemática sobre el divorcio entre cultura y política fue abordada en toda su radicalidad, a partir de la siguiente interrogante: ¿Es posible que las dos

vanguardias, lejos de excluirse, se busquen y necesiten mutuamente? La respuesta fue afirmativa a partir de la condición de que se viera a la cultura y a la revolución como dos expresiones –indisolublemente ligadas– de la actividad creadora del hombre.

A partir del referente que brindaba la propia Revolución Cubana, se muestra cómo el divorcio entre una y otra vanguardia no era inexorable. La vanguardia cultural habría de mantener y aún acrecentar su sentido de experimentación y búsqueda y asumir riesgos paralelos a los que la Revolución asumía en otros planos, luchando contra las pretensiones de justificar la creación a través de un reduccionismo político. Con su obra el artista contribuiría a asegurar y enriquecer la apropiación estética y, en definitiva, al hombre como su creador, pero no hipotecando su libertad de creación, sino incorporándose, en diversas formas, a la lucha por la transformación radical de la sociedad.

Por otra parte, problemas vitales como la libertad de creación, la comunicación artística, etc., serían asumidos también como problemas políticos que exigen del artista un compromiso político revolucionario.

La manera en que se analizaba la relación entre cultura y política, continúa siendo hoy una propuesta válida. La política puede aprovechar inteligentemente el enorme caudal de la cultura para operar mecanismos que faciliten la consecución de metas comunes, pero sobre todo, puede interactuar con la cultura y aprender de ésta, de su poder social insustituible. Además, con la globalización neoliberal la agresión cultural ha alcanzado una envergadura nunca antes igualada y la cultura ha pasado a ser un terreno privilegiado en la pugna que vive el planeta, por lo que es necesario reconocer que los problemas más importantes que enfrenta la cultura cubana en el presente no pueden ser otros que los problemas capitales a los que se enfrenta la nación, es decir, “... que los predicadores del debate cultural sobre el presente y el futuro son políticos”¹⁰.

- El propio proceso de la Revolución Cubana aportó al movimiento de afirmación de nuevos presupuestos teóricos al considerar que no hay verdadera revolución si la cultura no ocupa un lugar central en ella. La idea

del socialismo como una sucesión de profundos cambios culturales también constituye una aproximación filosófica a la revolución como algo humano, que tendría como fin la creación de un tipo de hombre más libre. Un hombre nuevo, concebido como proyecto y síntesis de la cultura, que halla modos de realización en todo su quehacer social.

- Las disyuntivas de definición por las que ha atravesado la Revolución Cubana, en su identificación con la idea de que es posible que lo estético y lo político puedan encontrarse en un punto medio o nivel masivo, han quedado expresadas. La valoración hecha acerca de que los problemas vitales para el arte y la cultura son, en definitiva, problemas políticos que exigen que el artista asuma un compromiso político revolucionario, lo cual no significa que deba hacer de su creación un aditamento de la política, nos muestra la importancia de una acertada comprensión de las relaciones de lo estético y de lo político, y de una justa valoración de las experiencias positivas en este terreno.
- Una concepción cultural del desarrollo, en las nuevas condiciones, exige el replanteamiento del alcance y el carácter de la política cultural. Su principal propósito debe ser establecer objetivos, construir voluntades, montar estructuras y asegurar los recursos para crear las condiciones que conduzcan a la más plena realización del ser humano para que cada cual pueda desarrollar sus potencialidades. No hay un solo campo de la actividad social y económica que no tenga algún nivel de impacto cultural. Por lo tanto, la política cultural debe tener un alcance interinstitucional y articulador de la estrategia de desarrollo.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. José A. Portuondo. "Revolución y Artes Plásticas". En: "Estética y Revolución". Ed. Unión, La Habana, 1963, pp.53.

2. Carmen Marcelo Pérez. "Principios estéticos literarios en la política cultural de la revolución cubana". En: "Contacto", revista cultural de Villa Clara. No. 7, enero-junio de 1989, pp 44.
3. Carlos Rafael Rodríguez. "Discurso pronunciado en el IV Congreso de la UNEAC, en Suplemento de "La Gaceta de Cuba". Edición Especial, La Habana, marzo de 1988, pp 6
4. José A. Portuondo. "Itinerario estético de la Revolución Cubana". En: "Revolución, Letras, Arte". Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980, pp.168
5. Lisandro Otero. "Notas sobre la funcionalidad de la cultura". En: "Trazado". UNEAC, La Habana, 1976, pp. 164.
6. Ver: Julio Carranza Valdés. "Cultura y desarrollo. Incitaciones para el debate". En: Temas, No. 18-19, julio-diciembre, 1999, pp.31.
7. Ver: Revista "Universidad de La Habana", No.151-153, 1961, pp.253.
8. Ver: Rafael Hernández. "Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil". Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1999, pp.64.
9. Ver: Idem., pp.64.
10. Ver: Rafael Hernández. Obra Citada., pp.81.

BIBLIOGRAFIA

- Belal, Abdelaziz. "La transformación nacional y la cultura". En: Revista Revolución y Cultura. No.5, febrero 29 de 1968.

- Carranza Valdés, Julio. "Cultura y desarrollo. Incitaciones para el estudio". En: Revista Temas. No.18-19, julio-diciembre, 1999.
- Castro Ruz, Fidel. "Palabras a los intelectuales". En: Revolución, Letras, Arte. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- Díaz, Jesús y Juan Valdés-Paz. "Vanguardia, tradición y subdesarrollo". En: Revista Revolución y Cultura. No.5, febrero 29 de 1968.
- Guevara de la Serna, Ernesto. "El socialismo y el hombre en Cuba". En: Revolución, Letras, Arte. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.
- Hernández, Rafael. "Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil". Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1999.
- Marcelo Pérez, Carmen. "Principios estético-literarios en la Política Cultural de la Revolución Cubana". En: Contacto. Revista Cultural de Villa Clara. No.7, enero-junio de 1989.
- Martínez Heredia, Fernando. "Colonialismo y cultura nacional". En: Revista Revolución y Cultura. No.6, marzo 15 de 1968.
- Martínez Heredia, Fernando y Emilio Ichikawa. "Estudios de filosofía. Una saga de la cultura cubana". Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 2000.
- Otero González, Lisandro. "Trazado". UNEAC. La Habana, 1976.
- Pogolotti, Graciela. "Sobre la formación de una conciencia crítica". En: Revista Revolución y Cultura. No.5, febrero 29 de 1968.

- Portuondo, José A. “Estética y Revolución”. Ediciones Unión. La Habana, 1963.
- _____ “Itinerario estético de la Revolución Cubana”. En: Revolución, Letras, Arte. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1980.
- Rodríguez, Carlos Rafael. “Discurso pronunciado en el IV Congreso de la UNEAC”. En; Suplemento de la Gaceta de Cuba. Edición Especial. La Habana, marzo de 1988.
- _____ “Problemas del arte en la Revolución”. En: Revolución, Letras, Arte. Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1980.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. “La revolución cubana y el socialismo”. En: Cultura y Revolución. A cuarenta años de 1959. La Habana, Casa de las Américas, 1999.
- _____ “Vanguardia artística y vanguardia política”. En: Revista Revolución y Cultura. No.5, febrero 29 de 1968.